

en la joven; y habiendo ella contestado afirmativamente, agregó el magistrado:

—Está bien; pero ten entendido que si no dices la verdad, te haré azotar por mano del verdugo.

Al oír esa amenaza, se enrojeció el semblante de Rosario y sus ojos despidieron fuego; pero reprimiéndose ante el representante de la ley, se limitó á decir que era inocente.

Al estas palabras pronunciadas, ya no con timidez sino con noble orgullo, el juez hizo un gesto de desprecio.

—A mí no me engañas —dijo; te repito que te mando azotar si me andas con insolencias. Tú te has robado el dinero.....

La pobre joven, aterrada con esta amenaza, fijos los ojos, hundidos por sus padecimientos, en el rostro del juez, y creyendo que sonaba en sus oídos la tremenda trompeta del juicio final, nada respondió.

Interpretó el juez este silencio como una prueba de la culpabilidad de Rosario, y pasó á otra habitación á interrogar á la madre. Parecían inútiles más declaraciones con la confesión que la anciana le había hecho á Avendaño; pero no obstante esto, el magistrado quiso oírla por sí mismo. La infeliz, como sucede con frecuencia á la gente ignorante y vulgar, creyó salvar á su hija recurriendo á la mentira, y arrepintiéndose de haber dicho al comerciante que Rosario era la autora del robo, declaró ante el juez que el doblon encontrado en el bolsillo de un vestido de su hija, se lo había regalado el día de su cumpleaños. Si alguna duda tenía el representante de la ley de la culpabilidad de Rosario, aquellas palabras acabaron de disiparla. Irritado, le echó en cara á la anciana la complicidad con su hija, y dijo que su declaración no estaba de acuerdo con lo que le había dicho á su amo. No pudo ni supo decir nada á esto la madre de Rosario, y el juez ordenó que las dos fueran careadas. Cuando su propia madre sostuvo ante la justicia que el doblon era un regalo, la joven casi perdió el juicio, y lo negó enérgicamente á pesar de que la autora de sus días la instaba á que dijera la verdad.

¡La verdad! Cerradle á una infeliz todo camino de salvación; contrariadla en todos sus instintos naturales, y veréis cómo su espíritu se abate, su fé se disipa y sus fuerzas se aniquilan.

Esto le sucedió á Rosario. Desmeledada, medio desnuda, con la mirada sin brillo, dejóse llevar por dos alguaciles, desfallecida y llena de angustia sin oponer resistencia ni exhalar una sola queja. A las oraciones de la noche, los chirridos de los cerrojos de un calabozo de la Acordada y de sus ferradas puertas, anunciaron que una presa entraba en el departamento destinado á las mujeres.

.....
Algunos meses pasaron ántes de que Rosario volviera á ver la luz del día, que no penetraba en su calabozo; y cuando volvió á verla, la de su inteligencia se había apagado!

IV.

A las diez de la mañana de un día de Noviembre del mismo año en que pasaba lo que hemos referido, se encontraron en la calle Avendaño y el juez.

—Por fin se decide á confesar?— dijo el primero.

—¡Qué ha de confesar! Hoy mismo la llevan á la casa de Orates.

—Está loca?

—Sí, y le ha dado la manía de creerse en su casa tranquila y contenta. Habla sin cesar de que va á ahorrar del producto de su trabajo una cantidad para que su madre viva el resto de sus días feliz y descansada; dice que no le gustan ya sus vestidos viejos y que va á comprar uno nuevo con un doblon que tiene guardado; echa maldiciones contra los avaros y los ladrones, y parece acordarse de todo, ménos de la falta que la llevó á la cárcel.

—Desdichada!—exclamó Avendaño; que apesar de la dureza de su corazón no pudo ménos de conmoverse con tanta desgracia.

El comerciante se despidió del juez haciendo humildes reverencias, y se dirigió á su casa. Al penetrar en su dormitorio se estremeció de horror y cayó de espaldas. Pendiente de una viga del te-

cho vió el cordel con que ataba la bolsa de su tesoro, y en un extremo del cordel á su mujer, que se había ahorcado.

Acercóse Avendaño algo repuesto de su terror, á una mesa en que había un papel escrito, y leyéndolo vió que era de su mujer y que decía:

“¡Perdon, perdon para mí! El orgullo y la vanidad me hicieron cometer un crimen, ojalá no hubiera querido pasearme con el dinero de mi marido! ¡Quise salvarme y salvar á mi hija, úni-

cas culpables, y una inocente ha sufrido y está sufriendo por nosotras. ¿Queréis mayor expiación que nuestros remordimientos? ¿No son un castigo de Dios? Mil vidas daría por poder borrar esta mancha de la mía.....El cadalso no es castigo, no es castigo para mí; yo merezco más, una muerte afrentosa.....”

Avendaño se arrodilló y oró; ¡cosa extraña! no por la culpable sino por la víctima inocente de aquel crimen.

ANSELMO DE LA PORTILLA.

(Escrito para este Almanaque.)

LA VUELTA AL HOGAR.

I.

Era el instante bello en que la noche
Se comienza á alejar,
Cuando dejé llorando con mi madre
Nuestro querido hogar.

Yo ví triste la aurora del oriente,
¡Ni las flores se abrían!
Ni entre los nidos de oro de los árboles
Las tórtolas gemían!

Y en medio del pesar de la partida,
El silencio seguía,
Mi madre y yo callamos y callamos
Hasta que vino el día!

Y á medida que el Sol iba subiendo
Mi casa se alejaba,
Hogar de mi niñez y de mis sueños,
Donde nunca lloraba!

Lugar feliz donde mi fé crecía
Al par que los trigales,
Huerto donde formaron las abejas
Los más dulces panales.

Todo se iba perdiendo entre las brumas
De la mañana fría,
¡Qué harán, pensé al buscarme los corderos,
Cuando se acabe el día?

Y ví al través de lágrimas sin nombre

Que mi hogar se borraba;
Y que solo mi madre entre las sombras
Del porvenir quedaba

No, yo jamás cuando á la huerta lleguen
Las tiernas golondrinas,
Podré verlas jugar bajo las sombras
De las viejas encinas.

Ya nunca entre los juncos de esmeralda
Del rosal enflorado
Veré apurar la miel estremeciéndose
Al colibrí dorado.

Seguimos, y al bajar de la colina
Los valles que me vieron
Inocente y alegre y venturoso
Por siempre se perdieron!

II.

De entonces han pasado muchos años,
Pisé muchas espinas,
Y he visto mil crepúsculos perdiéndose
En extrañas colinas.

De entonces han pasado muchos días,
Y entre el perenne duelo
He pensado en las tierras de mi infancia,
Y esperado en el cielo.

Hoy vuelvo á tí, lugar de mis delicias,

Hora vengo á buscar
La sombra cariñosa de tus árboles,
Cansado de luchar.

Quiero volver á entrar en la Capilla
Primera en que recé,
Volver á ver el rostro de la Virgen
Que en mi niñez amé.

Quiero á ese Cristo de tu altar de rocas
Contar lo que sufrí,
Mostrarle que mi alma no es dichosa
Sino viviendo aquí!

Extrañé los cristales de tus fuentes
Sus quejas al pasar,
Y extrañé los gemidos de tus tórtolas
En lo alto del Pinar.

Esas blancas dichosas ilusiones
Que en mi alma se anidaron,
Lo mismo que las aves de tus fresnos
En parvadas volaron.

Bendito sea el instante en que diviso
Mi morada sencilla,
Y en que oigo que repican las campanas
De mi blanca capilla.

Ya están allí las copas de los sauces

Que me vieron marchar,
Comienzo á ser dichoso en los instantes
En que vuelvo á mi hogar!!

Diciembre de 1886.

F. DE P. SANCHEZ SANTOS.

(Escrito para este Almanaque.)

SALUS INFIRMORUM.

A LA VIRGEN MARIA

En una grave enfermedad de mi Esposa.

SONETO.

(INÉDITO).

Al elegirte Dios, Santa Señora,
Para Madre, entre todas las mujeres,
De gracias te llenó, de gracias eres
Desde entónces fiel distribuidora.

No ha habido, Madre mia, hasta ahora,
Fervorosa oracion que tú no oyeres,
Ni alma que en tu amparo no acogieras
Cuando tu auxilio celestial implora.

En la que tanto, Virgen pura, te ama,
En la que es de mi hogar luz y alegría,
La fiebre enciende su terrible llama.

Salud de los enfermos á porfía,
Mi atribulado corazon te aclama. . . .
¡Vuélvele la salud, ¡oh, Madre mia!

San Angel, Julio 3 de 1883.

JOSÉ MARÍA BANDERA.

FRAY PEDRO DE GANTE.

I.

FRAY PEDRO DE GANTE, uno de los primeros apóstoles de nuestra tierra, y digno de eterna memoria por sus virtudes y méritos, fué de nacion flamenco. En una de sus cartas dice que era natural de la villa de Iguen, en la provincia de Budarda, y lo repiten los escritores de la orden. Pero en otra carta señala por lugar de su nacimiento la ciudad de Gante. Además de la contradicción, hay la dificultad de no saberse cuáles eran esa ciudad ó villa de Iguen, y esa provincia de Budarda. Ateniéndonos á las investigaciones de un compatriota del gran lego, podemos decir

que Iguen ó Igün es Ayghem—St—Pierre, suburbio hoy de Gante. El mismo biógrafo conjetura que escribiendo Fr. Pedro al Emperador, pudo decir con verdad que habia nacido en Gante; sin perjuicio de que cuando se dirigia á sus compañeros precisara más el lugar, señalando aquel suburbio ó dependencia que ellos conocian bien. El nombre de la provincia (*Budarda*) debe estar corrompido, y hasta ahora no se le encuentra equivalente cierto.

Tampoco se conoce el verdadero apellido de nuestro misionero. El lo latiniza en *de Mura*, que puede corresponder á los flamencos *de Moor, Van*

der Moere ó de Muer. En ninguna parte encuentro fijado el año de su nacimiento; pero puede deducirse aproximadamente de las noticias que los franciscanos dieron en 1569 ó 1570 al visitador del Consejo de Indias, D. Juan Ovando. Al tratar de la escuela de San Francisco, nombran á Fr. Pedro de Gante, y dicen que tenia noventa años; lo cual nos hace retroceder á 1497 ó 1480; si bien la cuenta no es del todo segura, porque los escritores de entónces no se cuidaban mucho de la exactitud de tales indicaciones.

El origen de Fr. Pedro está asimismo envuelto en una oscuridad que apenas comienza á disiparse. Lo único hasta hoy bien comprobado es que tenia estrecho parentesco con el Emperador Carlos V. A él mismo dice en una carta:

"Justa cosa es que se me conceda la merced, atento á lo mucho que he trabajado con ellos, y que tengo intención de acabar mi vida en su doctrina:

"y dame atrevimiento *ser tan allegado á V. M.* y ser de su tierra;" y en una breve relacion de varios sucesos es mucho más explícito: "Pues que V. M. é

"yo sabemos *lo cercanos é propincos que somos, é tanto, que nos corre la mesma sangre*, le diré verdad en todo, para descargo de mi conciencia, y V. M. pueda descargar la suya." Por su parte el provincial Fr. Alonso de Escalona escribia al rey Felipe II, el año mismo de la muerte del padre: "Hemos perdido uno de los mejores obreros en Fr. Pedro de Gante. Dios se lo llevó á sí para darle el premio, segun lo sabe dar á sus servidores; que fuera harto pesado y molesto, si diera cuenta á V. M. de lo mucho que hizo y obró por acá, pues que la tierra está henchida de su fama: fué pastor infatigable, trabajando en su ganado cincuenta años, y muriendo en medio de sus ovejas, muy distinto de aquel obispo Casaus, que las abandonó y murió muy lejos de ellas: mucho agrado le deben estos indios, y nosotros los religiosos, pues que le dabamos *el ser deudo tan allegado del cristianísimo padre de V. M.*, que por su medio nos era gran favorecedor, y nos otorgaba muchas de las mercedes que todos habiamos menester." Cuál fuera

á punto fijo ese parentesco tan cercano, no ha podido averiguarse todavía. No han faltado escritores poco avisados, que han tenido al P. Gante por hijo natural de Carlos V; sin reflexionar que este príncipe nació en 1500 y á esta fecha tenia ya Fr. Pedro unos veinte años. La creencia de que era hijo de Felipe el Hermoso, y por consiguiente hermano de Carlos V, tampoco tiene fundamento, porque ambos eran, poco más ó menos, de una misma edad. Un historiador, que de niño pudo conocer al padre, dice sencillamente que este era *primo* del Emperador. Fr. Pedro hace mencion de sus *parientes* en la carta de 1529, y encarga que se les comunique el contenido de ella, traducido al flamenco, pues él escribia en español, por haber olvidado su lengua nativa.

Dícese que hizo sus estudios en la universidad de Lovaina, de donde salió aprovechado discípulo. Siendo, como era, de sangre tan ilustre, no debemos extrañar que recibiera educacion esmerada. Por él mismo sabemos que desde muy mozo se habia ocupado en cosas tocantes al servicio de la corona real, *antes de su conversion*. No creo que por estas últimas palabras deba entenderse que en su juventud llevara vida aviesa, sino que despues de haber hecho un papel correspondiente á su elevado origen, renunció á los goces y esperanzas del mundo, para acogerse al retiro del claustro. Todo este período de su vida, anterior al viaje á Nueva España, está muy oscuro. Así es que ignoramos tambien dónde y cuándo tomó el hábito de San Francisco; sería, probablemente, en el convento de su patria; pero aunque su nacimiento y sus letras le abrian camino fácil al sacerdocio y á las mayores dignidades eclesiásticas, nunca quiso pasar del humilde estado de lego.

II.

Moraba en el Convento de Gante cuando llegaron las nuevas de los primeros descubrimientos de Cortés. En nuestros días, conocido y andado ya todo el orbe, no podemos formarnos idea cabal del golpe que daban entónces las noticias referentes al Nuevo